

PRÓLOGO

Yo

La última vez que salté de este puente un buen samaritano se zambulló en el mar y me rescató.

Me llevó hasta un bote cercano sin mi consentimiento y me hizo la reanimación cardio-pulmonar hasta que volví a la vida.

—¡Ay, Dios, casi se muere!

—¡Qué suerte ha tenido de que estuvieras aquí!

—¡Tiene mucho que agradecerte!

Los turistas lo colmaron de elogios inmerecidos, y menos mal que yo tenía demasiado frío y estaba demasiado entumecida como para responder, porque me habría encantado decirle algo como «Enhorabuena, señor. Acaba de destrozarme la vida».

Sin embargo, esta noche no hay ni un alma por aquí, así que no tengo que preocuparme por que me salven. Los secretos que escondo se ahogarán conmigo, y espero que las aguas nos anclen en algún lugar seguro.

Porque eso es lo que le prometí.

Nunca le hablé a nadie sobre lo que ocurrió entre el hombre del que nunca debí enamorarme y yo; le juré que los momentos que compartimos eran nuestros y solo nuestros, y que, si alguien me preguntaba, prefería morir antes que responder.

Incluso ahora, por muy tentada que esté de revivir nuestros recuerdos por última vez, debo evitar pensar en todos los sábados

que nos escabullimos para que me abriera las piernas y me saboreara en algún lugar privado, en las numerosas veces que me agarró por las caderas mientras lo cabalgaba en los asientos al fondo de un cine vacío y en todas las madrugadas en que me besó con tanta avidez que todos los besos futuros iban a salir perdiendo en la comparación.

Las olas se encrespan de pronto con la promesa de atraparme cuando caiga. El viento me acaricia los rizos, inhalo el aire salado y aparto los dedos de la barandilla.

Voy a saltar a la de tres. Uno, dos...

LECCIÓN NÚMERO UNO

«Finge hasta que lo consigas»

Mientras no cometas un fraude o le hagas daño a alguien, nadie tiene por qué saber que eres una mentirosa...

1

BOSTON (MASSACHUSETTS)

GENEVIEVE

El tren traquetea con violencia sobre las vías y el vagón se menea con tanta fuerza que casi me caigo al suelo.

—Señoras y señores —anuncia una voz a través de la megafonía—, este tren se detendrá en la Estación Sur. Si ese es su destino, por favor, comprueben que tienen todos sus efectos personales antes de salir.

Me levanto y me aseguro de que el carnet de la academia Phillips Exeter sigue metido en mi sujetador; cojo la mochila y salgo a la lluvia. «8:17, 9:29, 10:11, 10:29».

Me repito las horas de salida de los trenes, convenciéndome de que, mientras regrese al campus antes de medianoche, podré seguir viajando los fines de semana a Boston, disfrazada de estudiante universitaria. Haría cualquier cosa con tal de pasar un rato con gente que no piense que es rarísimo estar obsesionada con los libros.

Al doblar la esquina, las brillantes luces del Café Sauvage me dan la bienvenida. Entro y busco un reservado al fondo.

Por alguna extraña razón, no hay machos alfa con sus diarios rojos, gilipollas engreídos con los bolígrafos en la mano ni bollitos buenorros sentados a las mesas; ni siquiera veo a ninguno de los habituales amantes de la literatura.

De repente sube al escenario un tipo vestido con un traje completamente negro y una boina rosa, así que supongo que el espectáculo está a punto de comenzar.

—Esta noche —anuncia— voy a leeros un pasaje de mi futuro poema más vendido y premiado: *Lo que hace el amor*. —*Vale, eso es que van con retraso*—. «Mi polla rozó su virginidad; yo estaba muy duro, una barbaridad». —Cierra los ojos y hace una larga pausa. Y la pausa se prolonga—. ¿Por qué no aplaudís? —pregunta—. Estoy aquí, desnudando mi alma ante vosotros sin pedir nada a cambio... —El público aplaude y él inspira hondo antes de continuar—: «Era cálida, húmeda y estrecha, y mi corazón latía a toda mecha. Cuando se rompió el condón, me llevé un susto del copón».

Tiene que ser una broma...

Compruebo en el teléfono si he cometido algún error, y la respuesta aparece ante mis ojos al instante.

Ag, he venido dos semanas antes de tiempo.

Esta no es la noche romántica, es la de micro abierto. Decepcionada, le hago señas a la camarera, que se acerca a mi mesa.

—¿Sí, señorita?

—¿Me trae un zumo de arándanos?

—¿Con vodka?

—No, solo el zumo.

—«La goma se rompió y mi berenjena empequeñeció». —El poeta gime al micro—. «Su coño era el cielo, te lo digo como lo veo».

—Vale, que sea con vodka. —Le tiendo mi carnet de conducir.

—Buena elección. —Se lo guarda en el delantal—. Enseguida vuelvo.

Les estoy echando un vistazo a los eventos del próximo fin de semana cuando aparecen un montón de mensajes en la pantalla.

Mi querida guardiana: *Hola, acabo de ir a tu habitación y no estás. Ya ha pasado el toque de queda. ¿Dónde te has metido?*

Mierda...

Yo: ¿Estás segura de que no estoy ahí?

***Mi querida guardiana:** Estoy en tu habitación ahora mismo. Y te he llamado tres veces. Contesta de una vez.*

El volumen está demasiado alto para llamar sin que me pillen en una mentira, así que me levanto de la silla, me escabullo entre las mesas y corro hacia los aseos.

***Mi querida guardiana:** ¿Hola? ¿Genevieve?*

Hay quince mujeres delante de mí en la cola y no puedo permitirme esperar tanto. Presa del pánico, veo que el baño de hombres está vacío y me cuelo dentro. Paso por delante de la fila de urinarios vacíos y, al llegar junto a los lavabos, la llamo.

—¡Por fin! —dice—. ¿Dónde leches estás?

—Yo... —Me aclaro la garganta—. Estoy en uno de los reservados de la biblioteca.

—¿Otra vez? —Suspira—. ¿Recuerdas que casi te amonesté el fin de semana pasado por saltarte el toque de queda?

—Es el único momento en que tengo todo el sitio para mí...

—Vale. —Chasca la lengua—. Lo dejaré pasar una última vez, pero de ahora en adelante quiero que estés aquí a medianoche todos los fines de semana, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Gracias, Heather.

—Otra cosa... No creo que debas... Espera un momento, ¿qué es ese ruido?

Las paredes tiemblan por culpa del sonido de un bajo, lo que quiere decir que el ínclito poeta ha añadido música a su actuación o que un DJ lo ha sacado del escenario.

—No oigo nada. —Abro el grifo del lavabo y me agacho un poco más—. Quiero decir, salvo la lluvia y mi lista de reproducción. Últimamente el volumen de mi portátil se ha vuelto loco.

—Ay, el mío también —ríe—. Es una cosa rarísima. Da igual. Este año va a haber cambios porque se nos va a unir un montón de gente nueva en el campus...

Me estoy esforzando por escuchar lo que dice cuando la puerta se abre a mi espalda. Me doy la vuelta y me encojo aún más contra el lavabo.

—Ajá... —Cierro el agua mientras ella sigue y sigue hablando—. Sí, ya...

—¡A mí también me hace mucha ilusión! —exclama ella, y el tipo que ha entrado enciende el secador de manos, que es superruidoso, y luego gruñe. Gruñe de verdad, como si yo le estorbara—. Esto... ¿Genevieve? —pregunta Heather—. ¿Qué ha sido ese gruñido?

—Nada, es que tengo mucha hambre. —Debo colgar ya—. Me iré en cuanto termine este capítulo, te lo prometo.

—Vale —cede al fin—. Hasta luego.

—Hasta luego. —Cuelgo y me doy media vuelta—. ¿En serio? ¿No has visto que estaba al teléfono? ¿Por qué...? —La frase muere en mis labios cuando veo al tío con el que estoy hablando, y parpadeo varias veces, para asegurarme de que es de verdad.

El hombre que tengo enfrente es la perfección hecha carne: desde los ojos de un azul intenso, que me retan a acercarme, hasta la línea cincelada de la mandíbula, parece sacado de una revista, y no pega nada en este sitio.

Lleva un abrigo gris marengo sobre el traje oscuro; se pasa una mano por el pelo corto, negro como ala de cuervo. Y repite el gesto como si se hubiera dado cuenta de que yo también quiero hundir los dedos en su cabello.

Para. Espabila.

—Estaba hablando por teléfono cuando has entrado —digo, centrándome en su falta de cortesía—. Lo menos que podrías haber hecho es quedarte callado.

—Perdona —sonríe—. ¿A quién le estabas mintiendo?

—Eso no es asunto tuyo —replico, y él da un paso en mi dirección—. Eres un maleducado.

—Y tú, la hostia de guapa. —Sonríe y deja ver una hilera perfecta de dientes de un blanco nacarado. Me sonrojo, sin saber muy bien cómo contestar—. Soy Liam —se presenta—. ¿Has venido sola?

—No. Mi novio es el ínclito poeta que acaba de actuar.

—Cuánto lo siento... —Parece decepcionado—. Le he dado cien dólares para que nos ahorre el espectáculo.

—Le has pagado mucho. Estoy convencida de que habría aceptado por veinte.

Se ríe.

—Entonces, ¿no es tu novio?

—Desde luego que no.

—¿Eso significa que puedes decirme tu nombre?

—Rebecca.

—Mmm. Rebecca... —El nombre sale de sus labios de un modo tan seductor que me encuentro deseando haberle dado el de verdad—. ¿Puedo invitarte a una copa?

Asiento y él abre la puerta, me coge de la mano y me guía hasta unas escaleras que llevan a una zona con un tejadillo de metal.

La camarera nos sirve vino y yo miro el reloj del edificio de enfrente.

«8:17, 9:29, 10:11, 10:29».

—¿A qué te dedicas, Rebecca? —pregunta.

—A nada. Ahora mismo estoy estudiando.

—¿Estás haciendo un posgrado o vas a la universidad?

Ninguno de los dos.

—Un posgrado. —No quiero arriesgarme a que se vaya—. En Escritura Creativa.

—Qué interesante —sonríe—. Yo también estudié eso, pero acabé trabajando en Wall Street.

—¿Intentas advertirme de que no voy a ganarme la vida como escritora?

—Estoy convencido de que ya lo sabes.

—Estoy preparada para ser una sin techo. —Me río—. ¿Quién es tu autor favorito?

—Buf, podría darte una lista larguísima.

—Tengo tiempo...

Sonríe y, de algún modo, nos sumergimos en todo lo relacionado con la literatura, y con cada frase veo lo mucho que conectamos: compartimos los mismos autores favoritos —menos los que me dejan con el corazón en un puño al escribir finales abiertos—, nos encanta sumergirnos en mundos fantásticos y compartimos la misma profunda pasión por la escritura.

Antes de darme cuenta, son las tres de la mañana. Me he pasado con las copas, las rodillas de Liam rozan las mías, he perdido el último tren y voy a faltar a la charla de orientación a menos que averigüe cómo teletransportarme antes de que amanezca.

—¿Pasa algo, Rebecca? —Liam se inclina hacia mí y poso la frente sobre la de él.

—No —digo cuando sus labios rozan los míos—. Nada en absoluto. —Veo el bulto en sus pantalones y contengo un grito al intuir que está a punto de pedirme que me vaya a casa con él—. No soy partidaria del sexo en la primera cita. —Sus labios dibujan una sonrisa.

—De acuerdo. —Me acaricia el pelo—. ¿Y eres partidaria de que te devore hasta que estés chorreando por toda mi cara?

—Eehh... yo... —Ningún hombre me había hablado así jamás—. Sí...

—Bien. —Se aparta muy despacio y apura su copa—. ¿Dónde te alojas?

—Mi casa está a hora y media en tren.

—¿Y tienes que hacer ese recorrido todos los días? —Enarca una ceja—. ¿A qué universidad vas?

—Esto... Es más un...

—¡Buzzz! ¡Buzzz! ¡Buzzz!

Su móvil vibra de repente; la primera interrupción en toda la noche.

—Espera un momento —dice antes de responder—. ¿Diga? Sí, sigo en Boston. ¿Pero ahora mismo? —Suspira—. No, lo entiendo, ya me encargo yo. Voy a por el coche, tú dame la dirección en cuanto la tengas. —Cuelga y me dedica una sonrisa comprensiva—. Lo siento. Era de mi nuevo trabajo. Me necesitan para solucionar algo urgente.

—Entonces, ¿eres médico de urgencias o algo así?

—Ya me gustaría. Déjame compensarte.

—No tienes por qué...

—Pero quiero hacerlo. —Le da un toquecito a la pantalla del móvil—. ¿Cuál es tu número de teléfono? —Se lo doy de un tirón antes de que me dé tiempo a meditarlo, y él lo guarda—. Te llamo mañana. —Deja un puñado de billetes sobre la mesa—. Para pagar esto.

Se marcha sin apartar la mirada de mí hasta que llega a los escalones.

Tras sopesar mis opciones de transporte, apuro el resto de la bebida y bajo a pagar.

—Ah, eres tú. —La camarera pone los ojos en blanco cuando me acerco.

—Pues sí. —Me encojo de hombros—. Quiero pagar y recuperar mi carnet. ¿Te encargas tú? —Deja un vaso y me mira como si no me hubiera entendido—. Lo necesito para regresar a casa. —Señalo la caja donde guardan los documentos de identidad—. ¿Me lo das?

No me hace ni caso: abre una cerveza y se la sirve a otro cliente; después, coge el teléfono.

—A la señorita Warren le gustaría recuperar su carnet, señor —dice—. Sí, está en el bar.

Siento la tentación de alargar la mano por encima del mostrador y cogerlo yo misma, pero un tipo con traje azul marino coge la caja y me sonrío.

—Sígueme, señorita Warren. Yo me encargo de todo.

—Gracias. —Lo sigo hasta una oficinita que hay más allá de la barra. Cierra la puerta tras de mí y su sonrisa desaparece al instante.

—Oficiales, esta es la joven por la que los he llamado esta noche. ¡¿QUÉ?! Veo a un grupo de policías junto a la puerta de salida.

—Deme su bolso y vacíese los puñeteros bolsillos —ordena el más alto con tono firme.

—Espere. ¿Qué pasa? —Trago saliva—. No he robado nada, se lo juro.

—No me haga pedírselo dos veces, señorita. —El oficial tiende la mano—. Ya me ha escuchado.

Demasiado aturdida para pensar, obedezco y él deja mi bolso sobre el escritorio. Mientras un policía me hace una foto con un *flash* superbrillante, el otro rebusca en mi cartera. Saca las tarjetas de crédito una a una y luego el carnet de conducir.

Y luego saca mi otro carnet de conducir.

Y otro más...

—«Rebecca Warren», «Tate Jensen», «Isadora Jacobs» y «Genevieve Edwards» —lee—. La única identificación que le pertenece. Y también la única que le reconoce una edad de menos de veintinueve años. ¿Por qué?

—Porque... pensaba entregar el resto en objetos perdidos en algún momento...

—Claro que sí. —Pone los ojos en blanco y les saca una foto a todos los carnets antes de pasárselos a su compañero—. Tiene suerte de que el dueño del bar sea un compañero exalumno de Exeter que ha llamado al colegio en lugar de denunciarla.

—Puedo explicarlo. Solo vengo aquí cuando hay una noche de poesía o un evento especial, así que no...

—Ahórratelo. —Me corta—. No hay excusa que valga para justificar un robo de identidad o el consumo de alcohol en menores. No tienes veintiuno. Joder, ni siquiera tienes dieciocho. —Me muerdo el labio inferior mientras él revisa los bolsillos de mi bolso, incluso los ocultos. Saca un paquete de condones y sacude la cabeza, pero no hace ningún comentario—. Ya puedes volver a meterlo todo en el bolso —dice, indicándome que organice el lío que ha formado con mis cosas—. Por esta vez te dejaré marchar con una amonestación, pero mañana a primera hora todos los dueños de bares de esta ciudad van a recibir una foto tuya. Si alguno de ellos me llama en los cuatro próximos años, irás derechita a la cárcel. ¿Entendido?

—Sí, señor.

Cuando me hace salir, un par de faros doblan la esquina, se abre la puerta del conductor y Liam se baja del vehículo. Mira al policía y luego me mira fijamente a mí.

Nooo. Por favor, Dios, no...

—¿Es usted la persona que han mandado de Exeter? —pregunta el oficial.

—Sí. —Liam sigue mirándome fijamente—. Soy yo.

El oficial le hace una foto con *flash* y se aclara la garganta.

—El director acaba de confirmar que es quien dice ser.

—Conduzca con cuidado. Y tenga cuidado también con nuestra joven borrachuca. —El policía me acompaña al asiento del copiloto—. No la he sermoneado mucho porque imagino que ya lo hará la academia, pero sí le he confiscado todos los carnets falsos.

—¿Carnets falsos? —pregunta Liam.

—Ah, sí. —El policía suelta una risita mientras me ayuda a subir al coche—. Esta chica tenía toda una colección. Era Taylor, Isadora, Rebecca... Los jóvenes de hoy en día...

—Sí, ya. —Liam se acerca a la puerta del conductor y me mira a través del cristal—. Muchas gracias, oficial.

2

GENEVIEVE

—Paf, paf, paaaf...

Los limpiaparabrisas atacan el cristal mientras Liam acelera por la autopista. Los cuatro aros del logotipo de su Audi en el salpicadero son como cabezas que asienten como dándole la razón.

No ha pronunciado ni media palabra desde que hemos arrancado, y tampoco se ha molestado en encender la radio o la calefacción.

Mira hacia delante con los dientes apretados y se aferra al volante con tantas ganas que puedo ver los huesos de los nudillos marcados bajo la piel.

Gracias al embriagador aroma amaderado de su colonia y al alcohol que corre por mis venas, me convengo de que todo esto es un sueño y que voy a despertarme en mi dormitorio en cualquier momento.

—Entonces, ¿eres uno de los nuevos de seguridad? —Intento entablar conversación—. ¿Por eso te han llamado para que me recogieras? —Agarra aún más fuerte el volante y no responde—. Que conste que no estaba de fiesta, solo quería tomar el aire y charlar de literatura. —Él gruñe—. Por eso te he dicho que me llamaba Rebecca. —Nos detenemos frente a un semáforo en rojo y trago saliva—. Pensaba decirte la verdad cuando me llamaras porque, aunque hemos conectado, no quería... —Cierro la boca cuando se gira lentamente para mirarme.

Los iris azul marino que me habían cautivado ahora solo dejan ver furia; los labios perfectos que estaban a punto de rozar los míos ya no son invitadores: se han convertido en una línea fina y airada.

El semáforo cambia a verde y él reanuda la marcha.

No me atrevo a decir ni una palabra más.

Una hora más tarde, Liam se detiene ante la verja dorada que custodia la entrada principal de la academia Phillips Exeter; se inclina sobre mí para abrir la guantera y saca un pase rojo: está claro que es uno de los nuevos seguratas.

Baja la ventanilla y sale un guardia nocturno con un paraguas.

—Gracias por traer a la señorita Edwards al campus —dice el guardia—. ¿Va a acercarla hasta Hoyt Hall?

—No —responde, seco—. La dejaré aquí mismo.

—Muy bien, señor. —El guardia se acerca a mi lado del coche, me ayuda a salir y me acompaña al interior de su garita. Y ahí me da el familiar papel rosa con la amonestación.

Repaso las frases habituales marcadas con un círculo: «*Delincuencia*», «*Incumplimiento de la política de la academia*» y «*Violación del código de conducta estudiantil*», y veo que hay algo de lo que nunca me habían acusado: «*Cometer una infracción susceptible de expulsión*».

Mi último año ha terminado...

3

MÁS TARDE, ESA NOCHE. (BUENO, ESA MAÑANA)

LIAM

Me niego a creer lo que ha ocurrido. No puedo haber pasado la noche con una menor, así que pienso quedarme mirando las grietas del techo hasta que alguien me diga que todo ha sido una pesadilla.

—Señor, ¿necesita atención médica? —Un hombre barbudo se detiene ante mí con un portapapeles—. ¿Señor?

—Estoy bien. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque está tirado en el suelo y hablando consigo mismo. Lleva horas así.

—Ah, claro. —Me obligo a levantarme—. Gracias por su preocupación.

—De nada.

Entro en la sala que acabará siendo mi biblioteca y abro el cajón superior del escritorio. Saco mi *bourbon* favorito, lo destapo y bebo un sorbo directamente de la botella.

Hoy es el día de la mudanza para los profesores del campus, y se supone que debo asistir a un encuentro que me ayudará «a prepararme para tratar con las prestigiosas y asombrosas mentes de esta estimada academia», pero no estoy de humor para conocer a nadie más en este momento.

No puedo dejar de pensar en la noche anterior ni de arrepentirme de cada una de las palabras que dije. Me encantaría echarle la culpa al alcohol, pero estaba completamente sobrio.

Cuando «Rebecca» se dio la vuelta para mirarme a la cara en aquel cuarto de baño, me obligué a parpadear un par de veces, para asegurarme de que era real: una preciosidad de ojos avellana, con un vestido de color lavanda claro que se ceñía a sus curvas perfectamente y dejaba al descubierto la turgencia de sus pechos. Llevaba el pelo negro ondulado recogido en una coleta baja que le caía sobre los hombros y me tentaba a deslizar los dedos por ella.

Sus carnosos labios rosados se abrieron en una O perfecta al mirarme, y al instante me sentí tan atraído por ella como nunca antes.

Había supuesto que era una estudiante, pero creía que estaba haciendo un posgrado, o tal vez asistía a la universidad, pero de ninguna manera al instituto; sin embargo, cuanto más me repito la conversación, más veo la estrategia y el engaño en sus respuestas: «*Ahora mismo estoy estudiando*», «*Mi especialidad es la Escritura Creativa*», «*Solo puedo llegar a casa en tren*». Doy otro trago al recordar que «Rebecca» fue la primera en abordar el tema del sexo, pero fui yo quien se ofreció a devorarla.

Mierda.

—¡Toc! ¡Toc! ¡Toc!

—¡Dejen las estanterías ahí mismo! —increpo a los de la mudanza—. De todos modos, hoy solo va a llegar la mitad de mis muebles...

Los golpes en la puerta continúan a pesar de mi petición. Sin soltar la botella, voy al salón, pero no veo a los de la mudanza por ninguna parte. Abro la puerta principal y me encuentro cara a cara con el director más antiguo de la academia.

—¿Piensas invitarme a entrar? —pregunta.

—Deme un minuto, jefe de estudios Peterson.

—Es *director* Peterson. —Sonríe—. Aunque no hace falta que seas tan formal conmigo cuando estamos solos. Eres mi nieto. —Abro más la puerta y le hago pasar—. El colchón hinchable y la mesa de Ikea dan un toque muy especial —bromea—, muy elegante.

—Sí, yo opino lo mismo.

—Esta tarde te llegará la mesa redonda, pero quería hablarte de lo de anoche... —Se pasa una mano por el pelo—. Siento haberte

molestado con semejante petición. No podía arriesgarme a enviar a uno de los profesores titulares.

—¿Por qué? ¿Sus horas de sueño valen más que las mías?

—No estabas durmiendo. —Pone los ojos en blanco—. Pero no. Si se lo hubiera pedido a uno de ellos, el cotilleo habría corrido como la pólvora.

—¿Los profesores cotillean con los alumnos?

—Te sorprenderías... —Abre las persianas—. Fuera de las aulas, este lugar funciona prácticamente a base de rumores. Da igual. Dime, ¿la estudiante se mostró arrepentida cuando fuiste a buscarla?

—Sí. —Le salvé el pellejo aunque no se lo merezca.

—¿Estaba con alguien mayor cuando llegaste?

—Solo vi a los policías.

—Vale, bien. —Se da unos golpecitos en la barbilla—. Estoy recopilando todos los hechos antes de pensar en el castigo. ¿Se te ocurre algo?

—No. —Sacudo la cabeza: no quiero volver a pensar en esa chica. Con un poco de suerte, solo la veré de pasada mientras esté aquí.

—Me alegro de que hayas decidido impartir clases en Exeter para empezar de nuevo. Te vendrá bien tras el divorcio.

—Eso espero.

Les echa un vistazo a los tatuajes de mi brazo porque sabe muy lo que representan: el dolor y el sufrimiento al que he sobrevivido y que me he tatuado como recordatorio.

El nombre de su hijo —el vago de mi padre—, aunque no se merece estar ahí, aparece en cursiva bajo una frase en latín que significa «Cosas que casi me destruyen».

—Lo siento mucho, Liam —dice—. A veces hasta me arrepiento de que haya nacido.

—No es culpa tuya.

—Ojalá pudiera creerlo... —Me da un abrazo—. Si me necesitas, aquí estoy.

—Gracias. —Espero a que se vaya para regresar al despacho.

Saco un libro al azar de una caja y me felicito por no haber pensado en la noche anterior durante los cinco últimos minutos. Es un progreso, y me convengo de que voy a poder olvidarme de ella.

Abro la novela y leo las primeras líneas:

«Anoche conocí a una hermosa mujer en un bar. Tenía el pelo negro como la tinta y unos ojos castaños que jamás voy a olvidar. Ella...».

Cierro el libro y opto por una ducha fría.

4

DOMINGO POR LA MAÑANA

EXETER (NEW HAMPSHIRE)

GENEVIEVE

Los ventiladores de madera del techo crujen y rechinan al girar, y solo sirven para remover el aire cálido del verano en la mal ventilada estancia. Aunque la academia presume de sus fondos de mil millones de dólares, sigue negándose a instalar el aire acondicionado en todos los edificios que la componen.

Estoy sentada en la sala de espera del despacho del director, retorciéndome las manos, con la cabeza dando vueltas en todas direcciones. Me han llamado aquí tantas veces este año que me conozco hasta la última línea del suelo.

—¿Señorita Edwards? —La secretaria asoma la cabeza por la puerta.

—¿Sí, señorita Swift?

—El director Peterson la recibirá ya.

—De acuerdo. —Me estiro la falda a cuadros del uniforme y echo a andar por el pasillo. Llego ante las enormes puertas de su despacho e inspiro hondo antes de llamar.

—Adelante, señorita Edwards —dice. Entro, esperando verlo sentado en su sillón de cuero, como de costumbre, pero está de pie

frente al ventanal. Es idéntico a cualquier otro de los directores cuyos retratos cuelgan en lo alto de sus paredes, con ese cabello salpimentado de canas—. Siéntese —ordena con voz firme. Obedezco, y él deja pasar varios minutos antes de darse la vuelta para mirarme—. ¿No está harta de venir a este despacho, señorita Edwards? —Más que harta. Pero me muerdo el labio y me limito a asentir—. ¿Tiene la más remota idea de todo lo que se me pasó por la cabeza cuando la policía me llamó anoche?

—Señor, siento haber...

—No diga ni una palabra. —Su mirada es gélida—. No se atreva a hablar. Casi me muero del susto al pensar que podían haberme dicho que estaba herida... o muerta. Claro, que, para cuando acabe con usted, a lo mejor deseará que ese hubiera sido su destino. —Trago saliva y se me erizan los pelos de la nuca uno a uno—. Hay tres infracciones en esta academia que merecen la expulsión inmediata: plagio, inmoralidad y ausentarse sin permiso. ¿Es usted consciente de ello, señorita Edwards?

—Sí, señor.

—¿Es consciente de que la edad legal para beber en este país es de veintiún años, y usted es una puñetera menor de edad? —Su tono brusco me llega hasta la médula, y solo puedo asentir—. Si no fuera la mejor de su clase, con unas notas ejemplares, y si sus padres no fueran quienes son, estaría recogiendo sus cosas y solicitando plaza en el colegio público más cercano. Y, si le soy sincero, ahora mismo sus méritos me importan muy poco. —Se echa hacia delante y clava en mí esa mirada tan fría—. Además de estar confinada hasta nuevo aviso, va a tener que limpiar todas las mesas del campus. Quiero que les saque brillo hasta que reluzcan como espejos. —Hace una pausa antes de darme el golpe definitivo—. Limpiará todos los despachos del personal los sábados y los domingos a primera hora de la mañana; no podrá asistir a las fiestas universitarias ni a ningún evento en el campus, y su nuevo toque de queda es a las seis en punto hasta que le diga lo contrario. ¿Ha quedado claro?

—Sí, señor Peterson. —Los ojos me escuecen por las lágrimas que me esfuerzo en no derramar—. Me gustaría disculparme sinceramente por lo que he hecho este fin de semana.

—Puede ahorrarse sus disculpas. —Levanta la mano—. La mejor forma de conseguir el perdón es cambiando de comportamiento, y

puede empezar por sopesar las consecuencias y repercusiones de sus actos antes de hacer otra tontería.

—Señor, por favor, déjeme...

—No quiero oírlo. —Me corta—. He terminado. —Me levanto y voy hacia la puerta—. ¿No se olvida algo, señorita Edwards?

—No, señor. —Miro por encima del hombro—. Creo que no.

—Pues sí. —Señala el carrito de limpieza que está en una de las esquinas—. Hoy es domingo. Ya puede ponerse a limpiar mi despacho.

5

«Asunto: Expediente disciplinario. Actualización 5

Estimados señor y señora Edwards:

Esta es una notificación relativa a su hija, Genevieve Edwards, y su situación actual en la academia Phillips Exeter.

A pesar de sus excepcionales logros académicos, sus problemas disciplinarios han continuado.

Este fin de semana pasado se saltó una de las reglas más importantes del código de conducta estudiantil, y es por ello que solicito una reunión con ustedes antes de que acabe el semestre, además de una llamada telefónica a lo largo de esta semana.

Comprendo que dos personas tan notorias como ustedes estén extremadamente ocupadas, y les aseguro que no haré público su mal comportamiento ni su consecuente castigo.

Como dos de nuestros principales benefactores y distinguidos exalumnos, seguramente comprenden lo beneficiosa que es para su hija una educación en nuestra prestigiosa academia.

Por favor, hagan que lo entienda lo antes posible.

Espero poder hablar con ustedes en breve.

Atentamente

Director Peterson».

6

GENEVIEVE

El método de aprendizaje Harkness es una estafa por la que se dejan seducir la mayoría de los padres que envían aquí a sus hijos.

Es el principal argumento del programa de la academia, y me encantaría que los fundadores se levantaran de sus tumbas para poder denunciarlos. La premisa es sencilla: en las aulas no hay pupitres ni un escritorio para el profesor, solo una mesa ovalada enorme en la que se sientan de doce o quince alumnos, y el profesor participa solo cuando es estrictamente necesario porque «el aprendizaje debe ser una actividad que fomente el debate activo». Eso es, literalmente, lo que dice el folleto.

Sin embargo, hay algunas excepciones a esta regla, y mi clase más esperada de último curso —Expresiones en Escritura Creativa— entra dentro de esta categoría. Como al menos el ochenta por ciento de nuestro trabajo consiste en presentaciones, las clases tienen lugar en el auditorio; ese entorno me hace olvidar por un instante lo sola que estoy aquí.

Por muchas mesas Harkness a las que me haya sentado a lo largo de los años eso no me ha ayudado a hablar con nadie fuera del aula. Puedo recitar los nombres de todos mis compañeros de clase, sus aficiones y sus planes de futuro, pero no puedo llamar amigo a ninguno de ellos.

Después de pulir la última mesa de hoy, doblo los trapos y llevo el cubo a un rincón.

—Tiene que repasar esa mesa, señorita Edwards. —El conserje sacude la cabeza—. Los bordes no están tan brillantes como la parte superior.

—Por favor, ¿puedo volver luego y terminar después de clase? —suplico—. No quiero arriesgarme a llegar tarde el primer día.

—Lo siento, no puede ser. —Me dedica una mirada de simpatía—. El señor Peterson no quiere que el trabajo sea menos que perfecto.

—Creía que éramos amigos, señor Evans. Me dijo que le caía bien...

—Me cae mejor mi sueldo. —Me lanza un trapo—. Póngase a ello.

Contengo un gemido y dejo caer el trapo en el cubo.

Tardo tanto en conseguir que todo esté perfecto que no me da tiempo de ir corriendo a mi dormitorio para cambiarme el uniforme o coger el portátil.

Armada con un cuadernucho y un bolígrafo de gel, atravieso corriendo el campus y llego con dos minutos de antelación. Sin aliento, me apoyo en el marco de la puerta y me doy cuenta de que el auditorio está tan silencioso que puedo oír los latidos acelerados de un corazón.

Ay, espera: es el mío.

El hombre del escenario está de espaldas a mí, pero incluso desde aquí me doy cuenta de que no es lo que había esperado: a Taylor Jenkins, un profesor legendario, de cabello gris, que lleva años impartiendo este curso.

Salgo al pasillo y compruebo que no hayan cambiado de lugar la clase en el último momento.

«ESCRCREAT500
TAYLOR JENKINS».

Confundida, tomo asiento junto a la ayudante del profesor.

—¿Rachel? —susurro—. ¿Por qué todo el mundo está...?

—¡Shhh! —Se pone un dedo en los labios y se queda mirando al frente como una zombi mientras el *impostor* escribe en la pizarra con un rotulador morado.

«NADA DE MÓVILES EN CLASE.
NO PODÉIS USAR CHATGPT COMO AYUDA A LA ESCRITURA.
ESTÁ PROHIBIDO EL PLAGIO.
DAD LO MEJOR DE VOSOTROS.
“ERES QUIEN ELIGES SER”.
YO».

Me doy cuenta al leer la cita de que la he escuchado en otro sitio; me cruzo de brazos: solo espero que este tío no se tome demasiado en serio lo de ser antiplagio, ya que se está atribuyendo una frase de otro.

Como si hubiera oído mis pensamientos, tacha la palabra «Yo» y en su lugar escribe «Señor Donovan».

¿Así que este semestre va a darnos clase un plagiador orgulloso de serlo?

Perfecto.

Deja el rotulador y por fin se da la vuelta para mirarnos.

Ay. Dios. Mío. Esto no puede estar pasando...

Liam sonrío, mostrando unos hoyuelos que no vi la noche que nos conocimos. Ha cambiado el abrigo y el traje por unos pantalones caquis bien planchados y una camisa blanca que se ciñe a sus músculos.

Se pone unas gafas y echa un vistazo a la sala, y su sonrisa se desvanece en cuanto me ve; me sonrojo bajo su escrutinio, que se prolonga varios segundos.

—Bienvenidos al curso intensivo de Escritura Creativa. —Aparta la vista de mí—. Sé que la mayoría de ustedes esperaba al señor Jenkins, pero se está recuperando de una cirugía, así que lo reemplazaré este semestre. Pueden llamarme profesor Donovan y...

—Espero que se quede y no sea solo un sustituto —lo interrumpe alguien de la primera fila.

El profesor Donovan sonrío, e ignora el comentario.

—Me he tomado un descanso para probar algo nuevo tras varios años en Wall Street. —Rosalind Jacobs levanta la mano en el aire—. ¿Sí?

—Entonces, ¿nunca ha dado clases antes?

—He dado clases a estudiantes universitarios —responde—. Y me han dicho que esto es muy similar. ¿Es verdad? —Ella se sonroja y asiente—. En ese caso no creo que tengamos ningún

problema. —Enfatiza la última palabra sin dejar de mirarme—. Como saben, la mitad de la nota depende del trabajo que deben entregar al final del semestre de primavera, así que les sugiero que le dediquen tiempo todas las semanas porque es imposible escribir veinte páginas convincentes en el último minuto para una clase de último curso, y mucho menos para todas. Cuando oigan su nombre, levanten la mano para que les dé las redacciones que he corregido este fin de semana.

Se pasea por la sala para repartirlas, ganándose rubores y sonrisas a cada paso. Cuando llega a mi nombre, que resulta ser el último, niega con la cabeza antes de tenderme la hoja.

—Muy bien. —Regresa al escenario—. Vamos a hablar de los arcos dramáticos en *El hombre invisible*, de Ralph Ellison. ¿Quién quiere empezar?

Se levantan un montón de manos, así que le echo un vistazo a mi trabajo. Por alguna razón que se me escapa, todas las hojas están llenas de tachones rojos.

«Prosa poco inspirada».

«Por favor, cómprese un diccionario de sinónimos».

«Este párrafo no tiene sentido».

Cuando llego a la última página, hay unas letras extrañas subrayadas tres veces:

«Suspense».

La miro con incredulidad. Nunca he sacado menos de un sobresaliente en mis escritos.

Me hiere la sangre y soy incapaz de concentrarme en el debate. Cuando miro por encima del hombro de June Kline y veo su puntuación, casi pierdo los nervios.

¿Le ha puesto un notable alto?

No puede ser que la chica que usa ChatGPT para todo y que me paga para que le haga algunos de sus trabajos tenga una nota más alta.

—Hasta la próxima clase —se despide el señor Donovan, y yo bajo corriendo los escalones.

—Disculpe, señor Donovan —digo.

—¿Sí? —No me mira.

—Esperaba que pudiera explicarme mi nota.

—No discuto las notas fuera de las horas de tutoría.

—Vale, ¿y cuándo son?

—Lea el programa y lo sabrá.

—Es prácticamente el mismo que dejó el señor Jenkins, el que impartía esta clase. Y siempre hablaba con los alumnos al terminar.

—¿Me parezco al señor Jenkins?

—Me parece que estás siendo un gilipollas sin ninguna razón.

—¿Perdone? —Levanta la vista por fin.

—Quiero decir que me lo está poniendo difícil sin motivo alguno, señor.

—¿Alguna cosa más, Genevieve Edwards? —pregunta—. Y por cierto, ¿es ese su nombre o hay algún otro? —Jadeo, y una sonrisa mequinosa se dibuja en sus labios.

—La verdad, espero que no pienses echarme en cara lo de la noche del sábado durante todo el semestre. —Intento mantener la calma—. Solo quiero hablar de mi nota.

—Mi horario de tutorías figura en el programa, señorita Edwards. —Hace hincapié en mi nombre—. Léalo y organícese en consecuencia.

Lo fulmino con la mirada mientras cierra el maletín.

—¿Eso es todo?

—Sí. —Me devuelve la mirada—. Eso es todo.